



Parent

y el compromiso con la vida

Por Alfredo Barrera Baca



Durante cuatro décadas hemos atestiguado en el doctor Juan María Parent Jacquemin una existencia ofrendada a la virtud, una clara inteligencia dirigida por la Verdad y un andar sin tregua hacia la Utopía, donde, según ha escrito, habita la paz.

Dialogar con su pensamiento nos remite a la Europa de 1933, cuando André Malraux publica *La condición humana*, presagio de las disputas políticas que encaminan al mundo

hacia su mayor confrontación bélica; España se aproxima a la guerra civil y en Latinoamérica —desde las universidades Nicolaíta de Michoacán y de Córdoba, en Argentina— crece la noción académica de autonomía para la educación superior.

En 1933, año de entreguerras, nace Juan María Parent Jacquemin en Tournai, provincia de Hainaut, Bélgica. Quizá los horrores de aquel tiempo sin esperanza lo han inducido, mediante la no violencia, a recuperar la paz que su niñez no conoció.

En este proceso se identificará con la profunda fe y compromiso humanista de la Universidad de Lovaina, en cuyas aulas también se forjaron: el espíritu renacentista de Erasmo con su *Elogio de la locura*, la moderna visión de Vesalio sobre el cuerpo humano, la innovadora cartografía de Mercator y, más recientemente, el Big Bang de Lemaître.

El filósofo Gerardo Pérez Silva, al estudiar la obra de nuestro galardonado, nos revela la influencia del pensador Emmanuel Mounier en el “personalismo comunitario” del doctor Parent, cuya ética incluye la acción, una práctica vinculada a la filosofía de vida.

En su joven encuentro con Latinoamérica en los años sesenta hace amistad con el sacerdote y guerrillero Camilo Torres y con el teólogo Joseph Comblin, pero serán Jean e Hildegard Goss quienes lo marquen con las ideas de la no violencia activa.

Durante la década siguiente arriba a México y, dos años después de nacionalizarse, se instala en Toluca hacia 1977. Al ingresar como docente a la Universidad Autónoma del Estado de México, su

¹ Mensaje pronunciado durante la investidura de doctor *honoris causa* a Juan María Parent Jacquemin, en el Aula Magna de la UAEM.

planteamiento atrae simpatías porque le habita una praxis congruente.

Desde una teología de la esperanza que se nutre de una filosofía de lo posible, considera que pensar compromete y obliga siempre a elegir una opción para actuar. La suya, confesará más tarde, “es salvar al hombre”.

Ha llegado en un periodo de intenso debate nacional sobre la educación superior, entre los ecos de Tlatelolco 68 que en nuestra casa de estudios sacuden las vetustas estructuras con demandas de participación democrática.

En su magnífico ensayo *El parainfo en ruinas*, Augusto Isla observa con lucidez extraordinaria que hace tiempo somos autónomos, pero aún no logramos construir del todo una comunidad que gire en torno a la creación de ciencias y artes.

Ambos, Parent e Isla —junto con Margarita García Luna, Manuel Velázquez Mejía, René Roberto Becerril, Carlos Herrejón Peredo y muchísimos otros— pertenecen una ola de críticos que imaginaron la autonomía más allá de un garante de las libertades de pensamiento y cátedra.

La autonomía es la esencia de la universidad pública, con responsabilidades ineludibles con la sociedad para crear conocimiento científico, tecnológico, artístico y humanístico. Es la autonomía que hoy respalda el proceso civilizatorio y el progreso social y territorial; además de que propicia un ambiente donde el pensamiento creativo es libre, pero en su debate no excluye el interés estatal y, mucho menos, a la sociedad.

La autonomía no es un libro sagrado para elegidos, más bien añade líneas al proyecto de nación. Nace como patrimonio de las universidades públicas, porque estas, desde una perspectiva científica y humanística, amplían los horizontes sociales, generan liderazgos, construyen puentes hacia un porvenir con bienestar.

Nuestra institución vive un año de efemérides que celebran la inteligencia: el bicentenario de Ignacio Ramírez, impulsor de la educación superior en nuestra entidad; el centenario de los debates por la autonomía de las universidades públicas en Latinoamérica, así como medio siglo de la primavera juvenil en Praga y París, unida a la tragedia que desde Tlatelolco nos obligó a repensarnos como universitarios y como sociedad.

Celebramos en la crítica y en la autocrítica nuestras conquistas y perseveramos en la reflexión sobre los dilemas o desafíos de nuestro porvenir.

Por ello, honramos —con la obra y acción del doctor Parent— un pensamiento vigente por su razón y viable frente a los riesgos que amenazan desde la barbarie: el de la no violencia como actitud y acción, compromiso del pensamiento, amor a la humanidad y responsabilidad con la vida y consigo mismo.

Homenajecemos, en él, a una generación de intelectuales que modernizó nuestra casa de estudios, que nos enseñó a pensar, que avanzó en la democracia y la desconcentración territorial para fortalecer una comunidad destinada al conocimiento. Es la generación que sistematizó la investigación científica y humanística donde antes no existía, que recuperó la difusión cultural como puente entre la institución y la sociedad. Es la universidad que no cesa de construirse.

Admiramos el ejemplo de su trabajo docente, su constante obra editorial, los estudios para conocernos como universitarios y su compromiso con la vida y con las personas.

Le agradezco, en nombre de nuestra comunidad, que nos convenciera de no destruir los valores sobre los que reposa nuestro futuro, que nos enseñara a disentir y amar por encima de nuestra individualidad. 📖



Alfredo Barrera Baca es rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, institución en la que también se desempeña como profesor e investigador. Es licenciado en Psicología por la UAEM y doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona, España.

